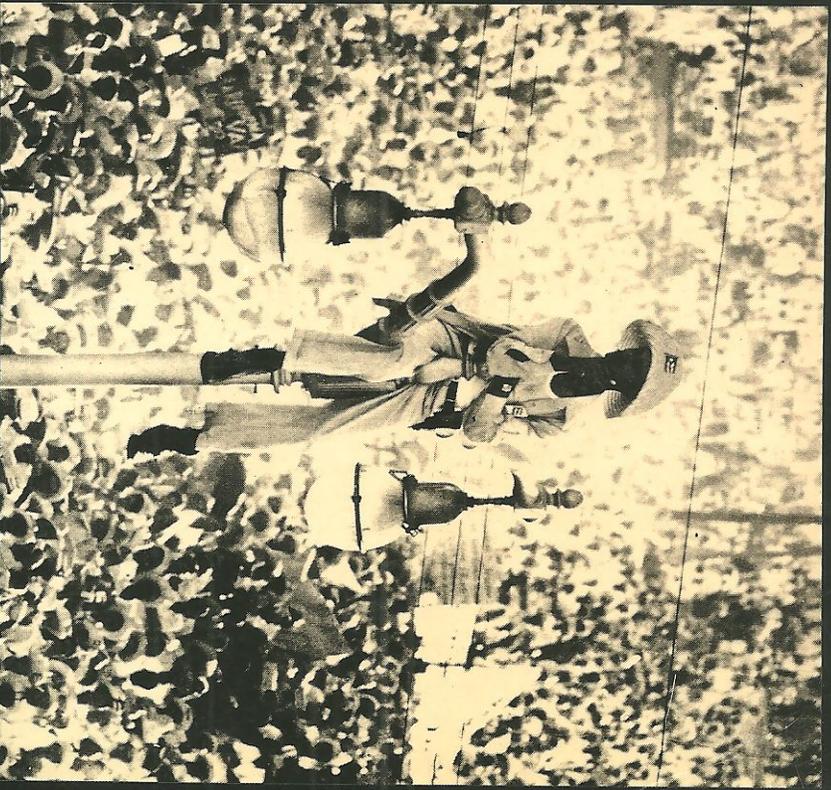


César Leante

CALEMBOUR



E

editorial pliegos

CESAR LEANTE

CALEMBOUR

EDITORIAL PLIEGOS

MADRID

A PESAR DE SER EL DIRECTOR de la revista literaria más conocida del país, Rey no había abandonado sus antiguos hábitos de cronista de espectáculos. Las estatutarias crónicas del Tropicana, las folletinescas cantantes que gemían sus canciones hacia la madrugada en el Pico Blanco o La Gruta, el fingido desenfreno histérico de la Lupe en La Red, seguían figurando entre sus más apegadas aficiones nocturnas. La revolución no había alterado aquel mundo, ni —pensaba Rey— tenía por qué alterarlo. Era parte de esta tierra, de este pueblo, de la sangre sincritizada del cubano. España, Africa y clandestinamente el sur dolido de los Estados Unidos se juntaban en él. La vida nocturna de La Habana era tan consustancial a Cuba como la noche de terciopelo que él había descrito en su impresión sobre el parque. Rey había vivido en ella como alguna vez, y por años, vivió en la penumbra de los cinematógrafos diurnos. Para escapar del día, de la claridad que inclusive físicamente le molestaba las pupilas, se había dado al artificio de la sombra y del celuloide. Así había fraguado otra noche imaginaria que se insertaba en la real, pasando de una a otra sin solución de continuidad. Sólo que ahora Rey *pensaba* aquella afición, el irresistible influjo que ejercía en él lo que un día llamaría la nostalgia de la noche. Su contacto con intelectuales extranjeros, sobre todo europeos, le llevaba a sofisticar lo que hasta entonces había sido mera pasión espontánea. Al presente, si no una filosofía, cuando menos una manera de concebir la vida y de conducirse se desprendía de sus gustos. Rey buscaba en el delirio de la noche el repudio a la naturaleza social del hombre. Si momentáneamente la revolución lo había arrastrado a imaginarse fundido al conglomerado social, a no sentirse una isla en sí mismo, sino,

parodiando a John Donne a través de Hemingway, parte de un continente —y en el caso de él ese continente era la marchada revolucionaria—, ese momento había pasado ya o declinaba velozmente. Las palabras compromiso, responsabilidad, posición, tan caudalosamente usadas en escritos y conversaciones, eran parte ya de un manual de retórica ocasionado por una fugaz exaltación política. No había más compromiso, para el escritor, que su literatura, y no podía exigírsele otra responsabilidad que la de escribir bien. El escritor era un testigo, no un participante, y ante cualquier circunstancia esa era la posición que debía adoptar. Toda adhesión política o ideológica limitaba su perspectiva. Se podía estar de acuerdo con la revolución en principio, pero no identificarse con todos y cada uno de sus aspectos. El escritor debía preservar su independencia de criterio y creacional. El mundo era un caleidoscopio múltiple y no había por qué contemplarlo a través de un solo prisma. Tampoco tenía por qué erigirse, el escritor, en juez moral. Todas las actividades humanas eran parejamente lícitas, desde la acción heroica de un combatiente hasta Benny Moré filigranando sus boleros en el cabaret Sierra. Todo se inscribía dentro del riquísimo horizonte humano, y el escritor no estaba para seleccionar sino para registrar. Muchísimo menos para juzgar. El sayo de inquisidor no le ajustaba. Para Rey el artista era un amor, un ser situado más allá del bien y del mal, una sensibilidad que no enjuiciaba los actos del hombre bajo la regimentación de ningún código ético. Al contrario, para él sus hechos marginales eran su mejor definición. De ahí esa pasión vivísima que sentía por la vida nocturna, por la palidez multicolor de los cabarets, por su atmósfera agrícolazona, por los extraños entes que poblaban aquel submundo. Rey amaba ese mapa especial que el turismo norteamericano había ido trazándole a la ciudad, de tal modo que ya no podía concebir una Habana sin el tejido de lujosos cabarets y clubes minúsculos que tramaban todo su perfume. La noche insular y urbana —como él la designaría alguna vez desde la memoria del exilio— se daba allí toda entera.

Quando Rey quería deslumbrar, o por lo menos impresionar, a algún intelectual extranjero, lo conducía a El Chori. Todo se producía de un modo aparentemente casual, pues no soportaba que se le tomase por un badecker criollo o por una tarjeta publicitaria. Detestaba el oficio de matrona y él sabía que la visión que de Cuba siempre se había tenido en el extranjero era la de un inmenso lupanar. De aquí que no propiciase las vistas a centros nocturnos de una manera abierta. Pero, de otra parte, Rey sabía también que los invitados, por muy depurados que fueran sus gustos, venían a Cuba buscando, además del impacto de la revolución, algo de su exotismo tropical. Toda una vasta tradición de tierra de maracas, ron y rumberas no se desvanecía en un instante, aunque ese instante fuese el cegador de la revolución. Querían conocer lugares típicos, autóctonos, populares. Alguien proponía entonces una visita a El Chori. Allí el huésped tendría la oportunidad de ver con sus propios ojos, sin ningún tipo de adulteración, cómo se divertía el pueblo cubano, cuáles eran sus gustos, su música, sus bailes.

El Chori era un cabaretucho anclado en la playa de Mariano, de techo de zinc y paredes de madera. Sus puertas se abrían a una callejuela oscura y sucia que pechaba una ruidosa estación de guaguas, y que corría paralela a la Quinta Avenida con su ininterrumpido tráfico, las luces frías del alumbrado público, los anuncios luminícos de sus cabarets, sus puestos de fritas, sus casetas de tiro al blanco y el rumor constante que surgía de los aparatos mecánicos del Coney Island y su bullicio. Era en su totalidad una zona de diversión pobre, confusa y estridente adonde acudían especialmente trabajadores y en gran proporción negros, sobre todo los sábados por la noche, a tomar, bailar y hacer el amor en cualquiera de las numerosas posadas que había en su contorno. De todos los bares y cabarets establecidos allí el más misérrimo era posiblemente El Chori, si no se contaba a El Niche, fiado precisamente a su lado y del cual lo separaba tan sólo una pared medianera de tablas. Sin embargo, era el más popular de la playa de

Mariano y poco a poco se había ido haciendo de una clientela especial que había divulgado su existencia en los medios artísticos. Su notoriedad se debía al músico que justamente le había prestado su nombre y que constituía su mayor atractivo.

El Chori era un negro de mediana estatura, cuerpo macizo, brazos largos y facciones netamente simiescas. Tocaba en la orquesta, mejor dicho en el conjunto que hacía resonar sus instrumentos allí: contrabajo, trompeta, tambor, alguna guitarra, timbales. El no, el Chori no precisaba de ningún instrumento musical, por lo menos no tradicional. Los suyos eran muy suyos: botellas, sartenes, cacerolas, cualquier objeto que repeticutiera y que él golpeaba con un grueso clavo sacándole sonoridades y ritmos insospechados. Jamás tocaba en estado normal; siempre parecía estar borracho o endrogado, o esa era la impresión que daba su rostro soñoliento, sus ojos acuosos, los vibrantes pero mecánicos movimientos de sus brazos. En contraste, tenía un sentido muy despierto de la publicidad y durante el día agobiaba las calles de La Habana escribiendo su nombre en aceras y muros con una tiza blanca y una letra grande y bien trazada. La ciudad estaba plagada de aquel remoquete, de tal forma que el Chori era conocido aun entre aquellos que jamás lo habían visto personalmente.

Este era el personaje que Rey gustaba mostrar a los intelectuales extranjeros y éste el sitio al que solían llevarlos para que conociesen algo auténtico y vieran cómo se divertía el pueblo, el verdadero pueblo cubano.

Ahora estaban sentados a dos mesas unidas frente a la tarima donde ejecutaba la orquesta, como espectadores de primera fila de una función singular que sólo era posible presenciar aquí, en este trópico de sudor y ron, de noche blanda y mansa que se fundía insensiblemente con el alba. El invitado de honor de *Renovación* era un escritor latino, joven, de mirada vivaz, mejillas tersas y suavemente abultadas como las de un bebé y bigote pulcramente recortado. Rey le había hecho entrevistar para la revista, había publicado un extenso artículo suyo sobre la política norteamericana en Lati-

noamérica, lo había acompañado en parte de su recorrido por la isla y por último, para rematar con una especie de plato fuerte, lo había traído aquí, al tugurio del Chori.

Como de costumbre, no estaba solo sino secundado por un grupo de colaboradores de la revista que se desplazaba con él, tras sus pasos, como un séquito. En calidad de favorita, se había hecho acompañar por Mirra, una actriz delgada y alta, de pelo chorreante y espejuelos redondos con aros de oro que destacaban sus ojos acogedores, ladinos y astutamente expresivos. Calzaba unas botas negras, de piel muy flexible, que le rasaban las rodillas, y fumaba en una larga pitillera. Se asombraba de todo, como una ingenua colegial que de pronto hubiera sido trasplantada a un ambiente inédito y alarmante para ella. No era así, desde luego; Mirra conocía estos lugares como la palma de su mano, pero formaba parte de su actuación el mostrarse sorprendida, candorosamente desconcertada y aun asustada. Era actriz y como tal no debía olvidar que estaba en la obligación de acarrear las tablas consigo a dondequiera que fuese. Ernesto, el más leal de los discípulos de Rey, el que reproducía no solamente su prosa sino su modo de vida, se encontraba ahí como pez en el agua, y los formidable, maravilloso, genial estaban a pupilo en su boca. Era el más bisoño de los escritores de *Renovación* y publicaba su real euforia con todo el cuerpo: gesticulando, brillándole los ojos, sacudiendo brazos y piernas, palmeando constantemente a sus vecinos para hacerles secuaces de su entusiasmo. Mañosamente Loredo había logrado sentarse al lado del huésped—usurpando el puesto que Alvaro se había destinado—, pero en verdad estaba más atento a los fornidos clientes—negros y mulatos en su mayoría—que llenaban el salón que a los comentarios del escritor extranjero o a las ingeniosidades con que Rey salpicaba la conversación. Su frente pulida y morena, como dorada al sol de la playa con alguna loción, espejaba bajo la luz de los dos reflectores que convergían en el estrado. A sus ojos sagaces, que mantenía en constante movimiento, no escapaba la desproporción entre hombres y mujeres que impe-

raba allí, lo que quizás le aportara alguna ganancia inesperada. Saúl, un hermano de Rey, supervisaba igualmente el local, pero de manera absolutamente impersonal, como una cámara de cine captando planos largos, cortos, close-ups, ángulos neggados... Era rubicundo, de tez casi marmórea, con una imperiosa expresión de niño bueno, y su pasión era el cine, en el cual desde su más remota infancia venía sumergiéndose día tras día. De chico, en compañía de su hermano, gastaba los pocos centavos que conseguía en películas de vaqueros que proyectaba el Victoria. Le era más grato desprenderse de ese dinero ahí que en un parque de diversiones o comprándose una bola de helado. Aquella afición se había ido intensificando con el tiempo y ahora de espectador Saúl quería saltar a realizador. Gracias a los buenos oficios de su hermano quizás lo lograra. Alvaro también estaba allí, pero evidentemente fuera de lugar. No le interesaban para nada ni el Chori ni la música ni los bailarines ni aquel ambiente que él encontraba falso y desprovisto de todo interés. Su mundo era el del pensamiento, el de las ideas, y como una expresión de ambos, la poesía. Y aquí no había nada de eso. Si había accedido a venir era simplemente por estar al lado de Rey y sobre todo del invitado, cuya amistad quería cultivar, oleando la posibilidad de verse publicado en el extranjero. Pero, fiel a su personalidad y a su torpeza para hacer agradables las relaciones humanas, no hacía el menor esfuerzo por proporcionarle una noche placentera, sino, en contrario, sin tener conciencia de ello procuraba estropeársela meticulosamente. Arrogante, despectivo, fumaba su tabaco con desparpajo y no abría la boca sino para burlarse de todo lo que le rodeaba. Fingir el papel de poeta maldito, de niño terrible era un goce al que no podía renunciar en ninguna circunstancia.

La sala se oscureció y los dos reflectores se concentraron en la tarima. Ernesto dio un brinco en su taburete y azotó el muslo de Mirra cuando el Chori pasó a ocupar su puesto en la primera hilera de músicos; organizó sus instrumentos y con un movimiento de cabeza le ordenó a la orquesta que arrancara.

Entonces una lengua inverosímil, pulposa, agrietada en su cara superior y de un indefinible color de arcilla, serpeó por entre las sólidas quijadas del Chori. La enseñó un largo instante, un instante imborrable que ya ninguno de los aletados veedores podría olvidar, y a continuación un trompetilla maiciza, como un objeto pesado que se quebrara, como una sucesión de burbujas espesas estallando en cadena, como un fango de albañal crepitando, resonó parejamente con el graznido de la cometa y el repicar de los bongoses.

Por encima de la mesa, con la faz resplandeciente, Ernesto le gritó al escritor extranjero que era el Chori, que *ése* era el Chori.

—¿No me digas? —se burló Alvaro.

—Un descubrimiento digno de Arquímedes —añadió Loreda.

—Dadme una trompetilla y yo os señalaré al Chori —puntualizó Rey.

Pero, en su exaltación, Ernesto había querido decir algo que no fue entendido. Había querido decir que allí estaba un personaje y un músico fabulosos: el personaje que trotaba las calles de La Habana enjabegándolas con su nombre, el músico que soplando dentro de las botellas, martilleando hierros, percutiendo los fondos de los utensilios de cocina era capaz de transformarlos en instrumentos musicales de una sonoridad sorprendente. Allí estaba el Chori, con su rostro antropoide semejante al del soberbio gorila que se exhibía en el zoológico, con su mirada ausente y todo el torpor que el alcohol o la marihuana ponía en su expresión. Allí estaba esa presencia primitiva y subyugante, degradada e irresistible, como una real imagen de todo lo fascinadamente elemental que subsistía en el ser humano. Era un producto aláxico y tremendamente actual al mismo tiempo, una precipitación del lejano ancestro del hombre y de la selva de la noche civilizada. Y ellos, los 'civilizados', sentados racionalmente a las mesas, conservaban y exponían aquel ejemplar como un modo de autofirmarse, de saberse otros, distintos; pero oscura, secretamente identifica-

dos con él. De alguna manera inconfesada y tortuosa se reconocían en él. Iban a contemplarlo con el oculto orgullo de saber reproducidas en él las potencialidades germinales. Toda la fuerza del instinto, de la que ellos carecían, se hacía vida intensa y palpitante en él. Fuerza del instinto que se glorificaba en su música. El remoto artista que había decorado las cuevas de Altamira era el mismo que extralata resonancias enervantes y entebrecidas a los cristales y metales que golpeaba con el largo clavo que atenzaban sus dedos. El don de la música estaba en él. De ahí que no hablara, que de su boca no brotasen más sonidos que aquellas indecentes trompetillas, como culo de mula pedorreándose, conque a su vez el Chori se burlaba de los que desde el salón lo contemplaban como a una extraña bestia, sabiendo que ellos también eran él, pero no queriendo serlo, negándose a serlo. Era su insulto, su blasfemia, como la música el prodigio de sus dedos y de una cualidad intransferible que estaba dentro de él y únicamente dentro de él.

—Parece un mono del zoológico —deslizó Mirra pegándose al hombro de Rey, algo alemeorizada de aquellos ojos diminutos, vidriosos y estáticos, tan improblemente humanos.

—Parece no. Es un mono —afirmó Rey categóricamente—. Pero no del zoológico, sino de esta selva. No está preso, nadie le ha arrebatado su libertad. Se exhibe ante nosotros porque quiere, no porque nada ni nadie lo obligue.

—El hambre —dijo Alvaro que había escuchado la explicación de Rey, dicha por otra parte en voz alta, como para que todo el mundo la oyera—. Lo obliga el hambre.

—Estás equivocado —devolvió Rey—. El hambre no lo obliga a nada. Si fuera el hambre podría ganarse la vida en otro oficio.

—Es más cómodo ganársela haciendo esos ruidos que poniendo ladrillos o cargando sacos en el muelle.

—¿Ruidos? —se indignó Ernesto—. ¿Para ti esa música fantástica que el Chori le saca a las botellas y sartenes es ruido? ¡De verdad que tienes el oído cuadrado! Y además, demuestras tener muy poca sensibilidad, pero muy poca.

—Una habilidad como otra cualquiera —replicó Alvaro encogándose de hombros y pasando por alto la agresión a su persona—. No es para admirarse tanto ni para poner esa cara de babcica que tú pones. El escritor extranjero interviene en parte para evitar lo que se anunciaba como una reyerta verbal entre Alvaro y Ernesto.

—No, amigo —dijo lenta, persuasivamente, colocando una mano en el brazo de Alvaro como para amansarlo—. No soy un experto en música y mucho menos un conocedor profundo de la de ustedes, pero le aseguro que el arte de ese hombre no es una habilidad cualquiera. Al contrario, se trata de algo muy especial, de un don, de una virtud —llámeme usted como quiera— con el que la naturaleza lo ha dotado. La música está en ese hombre como en usted puede estar la poesía o en Lam la pintura. Es un músico auténtico, verdíco, y yo me atrevería a decir que casi genial. No lo vea como un farsante ni como un payaso, pues lo está juzgando erróneamente.

Alvaro buscó una respuesta, algo que destruyera aquel argumento; pero al no hallarla pretejió encender su tabaco para bajar la cabeza.

—Además —participó Rey nuevamente; queriendo también sentar cátedra—, hay un rasgo de la personalidad del Chori que no se puede olvidar. El sabe que muchos de los que vienen aquí lo hacen para burlarse de él, de sus mucacas, de sus trompetillas, de su cara como idiotizada y hasta de que se le ocurra tocar con botellas y sartenes. El lo sabe, no sé si conciente o inconcientemente; pero sabe que es un hazmerreír, parodiando a Shakespeare: un pobre diablo lleno de sonido y furia. Sin embargo, noche a noche se encarama en esa tarima a sacar la lengua, a tirar trompetillas, a 'hacer ruido', como dice Alvaro... Eso para mí es un desafío que nos lanza a la cara a nosotros los que estamos aquí, sentados, tomando, riéndonos, burlándonos de él. En verdad quien se burla es él, quien se ríe es él, y de nosotros, pues nos impone su personalidad, su manera de ser, de tocar, de hacer lo que

le da su real gana, demostrándonos además que es un genio de la música.

El párrafo de Rey agotó la conversación transitoriamente, y, transitoriamente también, la posibilidad de que Alvaro ripostara. Un sentimiento de incomodidad o de vacío se infiltró en ellos y para llenarlo se dedicaron a observar y a oír detenidamente al Chori. Contrariamente a lo que Rey había manifestado la mayoría de la clientela del cabaret prestaba poca atención a los aspavientos del Chori y sí un ódo escrupuloso a la música. No habían venido a ver su lengua colgante, ni su cara apretada como un puño e ilegible, sino a establecer una comunicación directa con él a través del ritmo prodigioso que creaban sus manos. Habían venido a ser partícipes de una suerte de rito ancestral que tenía lugar no lejos de calles asfaltadas, anuncios luminícos y el zumbido de vehiculos de motor, no en calidad de turistas de un espectáculo grotesco que como tal no les decía nada. Por eso bailaban y tomaban, no como el que se da a un frenesí artificial, sino como ejecutantes de una sobrentendida liturgia. Algo severo, solemne, presidía su comportamiento. De ahí que bailarían —especialmente los hombres— sin grandes contorsiones, más bien con movimientos pausados, rayanos en lo majestuoso. Y las hembras giraban a su alrededor, guiadas por ellos, obedeciéndolos con respetuosa mansedumbre, atentas a sus indicaciones que eran para ellas como órdenes. Y ellos hieráticos, con sus camisas de mangas cortas o sus guayaberas abiertas en el pecho para lucir la blanca camiseta sobre la que fulguraba una medalla de oro, un dije o la relampagueante espada de Santa Bárbara, algunos con sombreros de pajilla encajados como albas coronas en sus cabezas, evidenciando su supremacía y su destreza en un complicado pasillo, moviendo exclusivamente los pies que seguían sin esfuerzo la cadencia de los instrumentos de percusión. Sí, Rey se había equivocado al juzgarlos. Una distancia insalvable separaba a estos legítimos parroquianos de El Chori del adulterado público que por simple curiosidad usurpaba sus mesas.

La orquesta paró, el Chori abandonó el estrado y Loredo se levantó para ir al baño, ampliamente concurrido en ese momento por los que aprovechaban la detención de la música para desaguar la vejiga harta de cerveza. Todos, a excepción de Mirta, bebían igualmente cerveza para estar a tono con el lugar, y de repente Saúl despegó los labios revelando así que no era una estingge, y, dirigiéndose a su hermano, dijo inclinándose sobre la mesa:

—Me gustaría hacer una película con este ambiente.

—¿Una película? —se interesó Mirta inmediatamente.

—Bueno, no exactamente una película sino... una especie de documental —aclaró el homólogo de la majestad hebrea.

Instantáneamente Mirta perdió todo interés.

—¿Y qué título le pondrías? ¿La Choricera? —se carcajeó Alvaro.

—Sería un buen anuncio para la fábrica de chorizos El Miño. Propónselo. A lo mejor te la patrocinan.

—¡Qué chiste! —lo taladró Saúl con una sonrisita cortante.

—Tú siempre tan simpático...

—A mí me gusta la idea, me parece formidable —lo secundó calurosamente Ernesto.

—Y a ti, Rey, ¿qué te parece? —Saúl se había inclinado aún más, ladeando la silla, para consultar a su hermano. La opinión de él le interesaba más que cualquier otra, pues resultaba decisiva.

—Puede ser un buen tema —dijo Rey incoloradamente.— Todo depende de su realización. En el cine no hay temas buenos ni malos sino bien o mal realizados. Ahí tienes a Chaplin; con un argumento tan cursi, tan melodramático como *Luces de la ciudad* fue capaz de hacer un gran film. Y Spencer Tracy, con una obra tan colosal como *El viejo y el mar*, lo que hizo fue un bodio.

—Yo presencié la filmación en Cojimar, y había que cernirle la arena por donde caminaba para que el niño no se pinchara los pies —informó Loredo levantando la nariz.

—Lo mismo que en el teatro —quiso participar Mirta

aportando su experiencia de actriz—. No hay papeles pequeños ni grandes. Todo depende del actor.

—Eso lo dijo Stanislavsky —le recordó Rey.

—Sí, pero es cierto —recalcó Mirra como si la hubieran contradecido.

Saúl no estaba dispuesto a que la conversación se apartase del tema propuesto por él y volvió a la carga.

—Prácticamente ya lo tengo elaborado —dijo con entusiasmo—. Todavía no he escrito el guión, pero lo tengo todo aquí —se indicó la cabeza—. Podría titularse *Noche de sábado* o *La noche* a secas, pues mostraría la forma en que se divierte la gente un sábado por la noche, cuando no tiene que trabajar al día siguiente. Los escenarios serían el embarcadero de Regla, los bares del puerto, una parte del centro de La Habana y la playa de Marianao. No utilizaría actores sino que filmaría a la gente sin que se diera cuenta.

—¿Con una cámara oculta? —preguntó Ernesto.

—Sí. El argumento sería más o menos éste. Es muy simple: un individuo vive en Regla y viene a divertirse a La Habana un sábado por la noche. Se toma una cerveza o un ron en algún bar de la Avenida del Puerto, se da una vuelta por el Prado y luego coge una guagua para venir a la playa de Marianao. Aquí se mete en el Coney Island, se pone a ver bailar a las parejas de Mi Bohío, juega al tiro al blanco y por fin viene aquí, al Chori, donde pasa el resto de la noche. Esta sería la secuencia más larga y la aprovecharía para filmar al Chori: tocando sus botellas, sus sartenes, sacando la lengua y tirándole trompetillas al público, en fin, trataría de captar todo el ambiente que hay aquí. La película terminaría con el individuo regresando a Regla en la lancha que se aleja por la bahía ya casi amaneciendo. ¿Qué les parece?

—Yo lo encuentro muy bueno, pero muy bueno de verdad —exclamó vivamente Ernesto—. Tiene una atmósfera formidable.

—Mi idea —continuó Saúl— es hacer un film auténtico, espontáneo, que refleje la vida del pueblo tal y como es

cuando se divierte, no como esos documentales que está haciendo el Instituto del Cine y que no los soporto por lo falsos que son. Quieren presentar a un pueblo que no existe, fabricado. El pueblo cubano es esto, éste que está aquí, el que estamos viendo

Con un movimiento del brazo derecho en forma de abanico recogió el salón. Alvaro se movió inquieto en su silla.

—Yo no sería tan categórico —dijo con lentitud, tratando de contenerse—. Yo no diría que éste es el pueblo de Cuba. Es una parte de él nada más. No todos vienen a El Chori o a la playa de Marianao en general a divertirse.

—La mayoría lo hace —saltó Ernesto—, a la mayoría de la gente le gusta venir aquí...

—Además —lo interrumpió Saúl relevándolo—, no se trata de que venga o deje de venir, sino de que aquí está su esencia, de que el pueblo cubano es fundamentalmente así como lo estamos viendo ahora. Le gusta tomar, bailar, comerse una fritita y pasarse la noche entera festeando...

—A cualquier pueblo le gusta divertirse —devolvió Alvaro.

—Pero no como al cubano. El cubano tiene un temperamento especial. Es gritón, bullanguero, amigo del ron y de la rumba...

—Esa es una imagen falsa del cubano —se irritó Alvaro—, la que han venido divulgando en el extranjero para atraer turistas yanquis. Nosotros no somos así.

—Sí somos así —afirmó vigorosamente Saúl—. Si no, ¿qué hace toda esta gente aquí? Y no vas a negarme que es pueblo, puro pueblo...

Alvaro hizo una pausa antes de contestar.

—Quizás esto que estamos viendo —dijo por fin— es un rezago del pasado, lo que todavía el pueblo cubano tiene que superar.

Fue Rey quien ahora le salió al paso a Alvaro.
—¿Y por qué tiene que superar esto? ¿Qué tiene de malo que la gente se divierta?

—Es la forma de divertirse...

—A mí me parece estúpida —lo cortó Mirra.

Alvaro volvió a hacer otra pausa como para recuperar el hilo de su pensamiento. Sabía que lo esperarían, pues estaban interesados en conocer su opinión.

—La revolución tendrá que cambiar ciertas costumbres del pueblo, educarlo... —dijo—. Ustedes no lo ven o no quieren verlo, pero esto lleva a la inconciencia, al embrutecimiento de las masas. Hay que inculcarle al pueblo el sentido de la responsabilidad, de la seriedad; hay que hacerle comprender que estamos construyendo un nuevo país y que con hábitos como el de jalarle y bailar y pensar que todo es una pachanga no vamos a construirlo.

—Estás hablando como un dogmático —lo acusó Saúl.

—Estoy hablando como un revolucionario —le espetó Alvaro.

El escritor extranjero intervino de nuevo para respaldar a Rey y a su hermano. Tampoco él hallaba nada reprochable en que el pueblo se divertiera como lo estaba haciendo aquí. Ello no estaba reñido con su espíritu revolucionario ni con su sentido de la responsabilidad. Este mismo pueblo que estaban viendo ahora y aquí era el que había hecho la revolución. Y de la misma manera que le gustaba divertirse, tomaría el fusil para defenderla si la viera amenazada. Esa era una de las peculiaridades de la revolución cubana, que era una revolución alegre. Se estaban produciendo transformaciones extraordinarias en Cuba, se estaban echando las bases de una nueva sociedad, pero sin dramatismo, sin que por ello el cubano tuviera que perder su tradicional alegría de vivir. Era una de las cosas que más hacía simpatizar con la revolución en el extranjero. Por primera vez se llevaba a cabo una revolución en medio del júbilo de todo un pueblo.

Finalizó sus palabras con una sonrisa plena de cordialidad, de contagiosa simpatía:

—¿En qué país lo reciben a uno con un trío de cantantes al pie de la escalerilla del avión, como fue recibida mi dele-

gación cuando aterrizamos en el aeropuerto de Rancho Boyeros? Eso sólo es posible aquí, en esta maravillosa revolución. Propongo un brindis por ella.

Sonrientes, complacidos, todos chocaron sus vasos. Sólo Alvaro murmuró apagadamente:

—La revolución apenas está comenzando.

La música se hizo otra vez y otra vez fue el Chori. Sus botellas, sus cacerolas volvieron a percudir y su lengua esponjosa a enseñarse como un tentáculo facial. Sus indecentes trompetillas resonaron de nuevo y de nuevo su faz abotagada, su mirada endrogada fueron el amo absoluto de aquel lugar.

Un mulato joven y fuerte se acercó a la mesa e invitó a Mirra a bailar. Ella miró a Rey, que declinó la cabeza, y aceptó. El mulato la condujo al centro de la pista, donde todos los acompañantes de Mirra pudieran verlos. Desde el primer momento buscó sojuzgarla. Asiéndola por la cintura le impuso su modo de bailar. Conduciéndola, forzando sus movimientos la hacía girar a una velocidad de trompo, dejando que su falda se levantara, la obligaba a cimbrar las caderas, la soltaba para que ella se viera obligada a seguir sus pasos, sus queiebros, sus giros. Ella, desconcertada, con cierta torpeza, lo obedecía. Otras veces la atrapaba y la pegaba contra él, dando vueltas rápidamente en el mismo lugar. Mirra sentía sus músculos presionándola, el sudor de su piel, el vaho cálido que le exhalaba en el cuello. La obligaba a bailar como ningún otro bailarín exigía de su pareja. Claramente procuraba someterla. No se trataba de una provocación sexual sino de demostrar su supremacía racial y varonil. Y ella, Mirra, se doblegaba, aceptaba mansa y humildemente la compulsión. De vez en cuando miraba a la mesa donde estaban los suyos, pero no solicitando auxilio sino como si estuviera en el escenario de un teatro y buscara explorar la reacción del público, pues para ella el baile desenfrenado que su consorte le imponía no constituía una humillación sino una representación más. Formaba parte de una actuación y Mirra tenía una lucidez tan plena de ello como cuando interpretaba un personaje en una

obra teatral. Su capacidad histriónica se amoldaba a todos los registros, y de una manera sutil lo estaba probando. En verdad su compañero de baile, sin él saberlo, era un instrumento suyo.

Al terminar la pieza el escritor extranjero le besó las manos y le dijo que había estado soberbia. Entonces Rey le propuso que bailara con ella, pero el invitado le contestó que lo hiciera él primero que hasta ahora no se había movido de su silla y él tenía entendido que todos los cubanos eran unos magníficos bailarines. Rey dijo de entrada que él no era cubano sino escritor, después se declaró ciudadano tailandés y por último confesó que no sabía bailar. Mirta le tendió las manos al huésped y esgrimindo una sonrisa irrenunciabile le pidió que bailara con ella aunque sólo fuese para complacerla. Empujado por algunos brazos y por las voces alentadoras de todos, incluso de parroquianos próximos a la mesa, el escritor extranjero se vio en la pista de baile. Entonces, súbitamente, como si el frenético golpetear del clavo del Chori hubiera despertado en él un escondido demonio, empezó a brincar, a dar los saltos más insólitos, a sacudir la cintura, los brazos, las piernas como si una corriente eléctrica le circulara por el cuerpo impidiéndole estar quieto un segundo. Desde la mesa todos, sin siquiera exceptuar a Alvaro, reían a carcajadas, le aplaudían, le gritaban para que continuara ejecutando aquellas contorsiones inverosímiles.

Bajo los reflectores que se habían desplazado ahora hacia la pista, sobre él, rodeado de las demás parejas que habían cesado de bailar para hacerle coro, sin dejar de sacudirse un momento, como un endemoniado, como poseído del mal de San Vito, se oyó entonces la voz del escritor extranjero gritando con todos sus pulmones:

—¡Viva Cuba! ¡Viva la revolución con pachanga!



CESAR LEANTE nació en Cuba y es autor de unos diez libros entre los que se cuentan novelas como *Padres e hijos* (1967), *Muelle de Caballería* (1973), *Los guerrilleros negros* (1977) —publicada en España con el título de *Capitán de cinarrones* (1983)—, los volúmenes de cuentos *La rueda y la serpiente* (1969), *Tres historias* (1977) y *Propiedad horizontal* (1979), el libro de ensayos literarios *El espacio real* (1975). Obtuvo el premio nacional de novela de la Unión de Escritores de Cuba (UNEAC) en 1975 y su obra ha sido traducida a diversos idiomas.

Escritor radial y de televisión hasta el triunfo de la revolución, en 1959 pasó a ser periodista del diario *Revolución*, posteriormente jefe de Servicios Especiales de la agencia Prensa Latina, Agregado Cultural en París, Secretario de Relaciones Exteriores de la UNEAC y finalmente asesor literario del Ministerio de Cultura.

Como la inmensa mayoría de los intelectuales cubanos, apoyó fervorosamente a la revolución. Pero la quiebra de sus valores iniciales, su creciente vuelco hacia un régimen dictatorial con la consiguiente asfixia de la libertad, la opresión como forma de gobierno y el desmesurado culto a la personalidad de Fidel Castro —prácticamente un endiosamiento— lo llevaron a romper definitivamente con el sistema. En septiembre de 1981 solicitó asilo político en España, país donde vive en la actualidad.

CALEMBOUR aborda las difíciles, complejas y siempre tensas relaciones que históricamente han existido entre el poder y los intelectuales. Nunca, en todo el devenir de la humanidad, éstas han sido simples. Por el contrario, han estado marcadas por la desconfianza y el recelo, como dos fuerzas que se repelerían. Pero se agudizan en determinados períodos de la historia, señaladamente cuando ésta se vuelve convulsa y abroquea su violencia en una ideología: tal las revoluciones francesa y rusa. Y en nuestro tiempo y nuestra lengua, la revolución cubana. A ésta se remite Calémbour, cuyo proyecto envuelve las relaciones entre los intelectuales cubanos y la revolución y se abre desde el clima de entusiasmo y libertad que se respiró a principios del triunfo revolucionario —clima que propició la creación intelectual e hizo concebir a los escritores y artistas los planes más optimistas— hasta la reducción —por desgracia acelerada— de la libertad de creación, sobre todo cuando la revolución se declara socialista y en consecuencia se adscribe a la ideología marxista-leninista. Ello constituyó, en la práctica, una camisa de fuerza manteniendo el pensamiento.

La novela es una suerte de testimonio conceptual, reflexivo sobre la cultura y la revolución, cubre un período no muy largo de la reciente historia de Cuba. Va de 1959 a mediados de 1961, cuando Fidel Castro se reúne con los intelectuales cubanos y dicta las pautas por las que habría de regirse la cultura en el país, estrangulando así toda posibilidad de una verdadera creación espiritual en libertad.